

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Cordobeses célebres.—La señorita doña Josefa Crespo, por D. M. J. Ruiz.—La azucena y la violeta, poesía, por la señorita doña Josefa Crespo.—La navegacion aérea, por don F. Blanco de Ibañez.—El joven y el anciano, poesía, por don M. J. Ruiz.—Epigramas, por don Joaquin Maria Bartrina.—El Retrato.—Miscelánea.—Efemérides.—Regalos.

CORDOBESSES CÉLEBRES.

D. MARTIN DE ASCARGOSTA.

Nació en Córdoba en 1639 de padres muy nobles. Estudió filosofía y teología en el colegio de la Asuncion de aquella ciudad, y despues siguió su carrera en Granada, y fué canónigo, magistral de aquella iglesia y últimamente dean. Fué obispo de Salamanca y despues arzobispo de Granada, donde murió á los ochenta años de edad en 1719, habiendo sido por sus letras y virtudes heróicas, especialmente la caridad, un prelado comparable á los de la primitiva iglesia. Dejó escritas varias obras.

JUAN DE ALFARO.

Nació en Córdoba de noble familia. Recibió de Antonio del Castillo las primeras lecciones de pintura y despues se perfeccionó en la escuela de Velazquez. Tuvo mucha celebridad, especialmente para retratos al óleo y en miniatura. Escribió sobre la pintura con tal acierto, que el mismo Palomino confiesa haberle sido muy útiles sus lecciones. Murió pobre y desvalido en 1640 y fué imitador de Van-Dyck.

LA SRTA. DOÑA JOSEFA CRESPO.

Parcos siempre en elogios, porque no se aviene bien con nuestro carácter ni con nuestro temperamento el envanecer á unos y el adular á otros, jamás nos dejamos arrebatados por impresiones violentas y pasajeras que, haciéndonos decir lo que no sentimos, nos obliguen á rodear ciertos nombres de una atmósfera artificial capaz de darles un prestigio á que en realidad no son acreedores. Eso queda para los que ganosos de alabanzas que lisongeen su amor propio, aceptan por bueno y conveniente á sus fines el ya gastado sistema de *elogios mútuos*.

Sin embargo, cuando descubrimos una inteligencia despejada, pero que se cubre tímida con el velo de la modestia; que crece ignorada como la violeta de los valles, pero exhalando suavísimos aromas, y que desconociendo acaso la extension de su facultad creadora desconfía del mérito de sus obras y no codicia por lo tanto los halagos del aura popular, entonces es cuando consideramos como un deber arrojar á su paso una flor, no para envanecerla, sino para estimularla á seguir cultivando con exquisito celo las flores que crecen en el campo del arte ó de la ciencia.

Una de esas inteligencias despejadas, una de esas flores que exhalan sus perfumes en el misterio y la soledad, es la señorita doña Josefa Crespo.

Las pocas pero delicadísimas poesías que de algun tiempo á esta parte ha da-

do á luz en los periódicos de esta capital y en alguno de Madrid, venciendo su natural timidez las instancias de las personas que aprecian en todo lo que valen las felices disposiciones de que está dotada para el cultivo de la gaya ciencia, prueban de una manera harto elocuente que la señorita Crespo ha nacido para ocupar un puesto ventajoso en la brillante pléyade de las mas distinguidas poetisas españolas.

No queremos detenernos á examinar las poesías que hasta ahora nos ha dado á conocer, porque no nos proponemos hacer un juicio crítico de ellas. El objeto que nos mueve á trazar estas breves líneas no es otro que el de alentar á la jóven poetisa en el áspero camino que comienza á recorrer bajo los mas brillantes auspicios.

Quien á la temprana edad de diez y siete años pulsa la lira de la manera que la señorita Crespo sabe hacerlo, bien se puede asegurar que ha nacido poeta.

La verdadera poesía es el sentimiento, y la señorita Crespo está dotada de exquisita sensibilidad. Tierna cantora de las brisas y de las flores, del amor y de la pureza, sus composiciones respiran esa embriagadora melancolía que se infiltra en nuestro corazon y nos hace sentir con el poeta, trasmitiéndonos sus impresiones.

Delicados en su forma y ricos de bellos pensamientos, sus cantos, que rebosan el mas encantador lirismo, reflejan la pureza de su alma y justifican su fácil y rica imaginacion poética. Buena prueba son de ello las preciosas seguidillas que mas abajo insertamos.

La exquisita modestia que adorna á la señorita Crespo nos estimula á espresarnos así. Si pudiéramos sospechar siquiera que este merecido elogio habria de envanecerla, nos abstendríamos de dirigírselo, porque temeríamos que la presunción anulase el objeto que nos propusimos al escribir estas líneas.

Nosotros, que distamos mucho de querer que la muger sea, como algunos pre-

tenden, una *máquina* destinada solamente á coser, guisar y planchar, y que creemos que el cumplimiento de los altos deberes que la naturaleza le ha impuesto no se opone en lo mas mínimo á que cultive su inteligencia, dedicando sus ócios á perfeccionarse en cualquier ramo del saber humano, no tenemos inconveniente alguno en estimular á la señorita Crespo á que siga cultivando con esmero las felices disposiciones que demuestra para la poesía.

M. J. Ruiz.

LA AZUCENA Y LA VIOLETA.

Á MI QUERIDA AMIGA

la señorita doña Dolores Sanchez.

Azucena que viertes
Copioso llanto,
Cuéntame tus secretos,
¿Vives amando?
¡Pobre azucena!
¿Cuáles son tus dolores?
¿Cuáles tus penas?

Si eres de la inocencia
Símbolo bello,
¿Por qué muriendo vives
Mirando al cielo,
Si flor mas pura
No acarician las auras
En la espesura?

De este lago á la orilla
Creces lozana,
Reflejando tu imágen
Sobre las aguas.
Alza tu frente,
Que el céfiro suave
Blando la bese.

La delicada aurora
Perlas te envía
Cuando vierte en los campos
Su argentería.
Ella es tu hermana,

Y por eso tú lloras
Con la mañana.

—
Cuando alegre sonríe
La primavera,
Te proclaman la diosa
De las praderas.
Todas las flores
Amorosas te rinden
Tiernos loores.

—
Pero plegas humilde
Tu cáliz bello
Y tímida murmuras
Mirando al cielo:
¡Ay, quién modesta
Ignorada viviese
Cual la violeta!

—
Y la violeta entonces
Que la escuchaba,
Embalsamando el aire
Con su fragancia,
Alzóse inquieta,
Y mirándola dijo
Desde la yerba:

—
«Si yo por la modestia
Vivo escudada,
Tú eres del candor bello
La soberana.
Nada, azucena,
Puede igualarse nunca
Con la pureza.»

—
Mas ¡ay! vino la tarde:
Las mariposas
Iban libando flores
Con ansia loca.
Y una muy blanca
Libó de la azucena
Dulce fragancia.

—
Remontóse atrevida
Por los espacios,
Entre la tinta roja
Que tiñe Ocaso.
Y es que en su vuelo
El alma de las flores
Llevó á los cielos.

—
Tú, querida Dolores,
Guardas modesta

El aroma precioso
De la violeta;
Porque tu alma
Es, cual ella, sencilla,
Cual ella, casta.

—
Son tus ojos la copia
De las estrellas,
Tu tez luce la nieve
De la azucena.
Y en tu conjunto
De lo puro y lo hermoso
Eres trasunto.

—
Guarda la flor preciada
De la pureza,
Y en su virgíneo cáliz
Su aroma encierra:
Guárdala ufana,
Que sus hojas de nieve
Todo las mancha.

—
Sigue siendo modelo,
Dolores mía,
De las flores hermosas
De mi poesía;
Porque su premio
Lo encuentran esas flores
Allá en el cielo.

Josefa Crespo y Castro.

LA NAVEGACION AÉREA.

De la discusión sale la luz, de la lucha constante de la ciencia con la naturaleza resulta siempre un progreso, un adelanto en la vida de la humanidad.

Ese progreso de la ciencia cuesta mucho tiempo el conseguirlo.

La naturaleza superior á todo, guarda en su seno los secretos de la perfectibilidad del hombre, que orgulloso con la ciencia pretende saber mas de lo que quiere que sepa la sabia naturaleza.

De ahí el que la humanidad esté aún en la infancia de sus adelantos y los que ha obtenido, en su larga vida, los deba á la naturaleza.

Una manzana hizo comprender á New-

ton la gravedad de los cuerpos; hasta entonces esa gravedad existía *porque sí*.

El hervor de un puchero de agua, descubrió que el vapor podía servir para algo, y Blasco de Garay primero y Fúlton, después, lo aplicaron como medio de locomoción.

Un veterinario (1) español descubrió la circulación de la sangre, y la medicina dió un paso más en el arte de curar.

Más tarde se vió que la máquina eléctrica del Dr. Martín de Maro, servía para algo más.

Y de aquí el telégrafo eléctrico.

El 4 de junio de 1783 José Montgolfier, fabricante de papel, inventa el globo aereostático, y en él se elevó con toda felicidad.

Por entonces se creyó loco al aereonauta, y se abandonó como ilusorio el proyecto del fabricante de papel.

En España hemos tenido á un Montemayor, á un Dombon y á otros muchos que han pretendido viajar por los aires, y el vulgo y el no vulgo se han burlado ó poco menos de esos hombres que han pretendido robar á la naturaleza uno de los muchos secretos que guarda.

Recientemente en la capital de Francia, ha tenido lugar una ascension del globo de Mr. Godard, en el que iba monsieur Flanmarions, célebre autor de *La Pluralidad de los Mundos habitados*.

El globo salió de Paris, atraviesa la Francia, la Bélgica, entró en Prusia por los inmensos bosques germánicos, atravesó el Rin y descendió en Colonia, á las veinte y dos horas de haber salido de la capital de Francia.

¿Se habrá resuelto ya el problema de la navegacion aérea?

Creemos que nó, pero no será difícil que nuestros nietos se rían del ferrocarril, como nosotros nos reímos de la célebre galera de nuestros abuelos.

F. Blanco de Ibañez.

(1) D. Francisco de la Reina que vivía en Búrgos en 1564; luego perfeccionó el descubrimiento Mr. Harbér, médico inglés.

EL JÓVEN Y EL ANCIANO.

I.

—¡Qué hermosa es la vida, padre!
—Si esa ilusion atesoras,
No quiero amargar tus horas....
Piensa tñ lo que te cuadre.
—Do quier que mi planta fijo
Brotan perfumadas flores....
—Que en abrojos punzadores
Verás convertidas, hijo.
—Bríndanme amor las mugeres,
Todo á mi vista sonríe.
—Mañana quizá te hastíe
Cuanto hoy te brinda placeres!
—¿Pues no es el placer eterno?
—Que fuera breve Dios quiso.
—Es el mundo un paraíso....
—¡Mañana será un infierno!
—Que soy muy rico presumo.
—Eso es *nada*, no te asombre.
—La gloria arrulla mi nombre
—La gloria mundana es humo!
—Todo el mundo, y yo me alegro,
Me ofrece paz deleitosa.
—Hoy lo ves color de rosa;
Pronto lo verás muy negro.
Entre quimeras te pierdes,
Y así tu desdicha labras....
¡De mis *siniestras* palabras
Quizá muy pronto te acuerdes!

II.

—¡Qué triste, padre, es la vida!
Hoy todo me inspira hastío....
—¿Por qué sufres, hijo mio?
—Porque tengo el alma herida!
No seguí vuestros consejos,
Y al fin mi desgracia es mucha....
¡Nécio es aquel que no escucha
Las lecciones de los viejos!
¡Las mugeres me engañaron;
Los amigos me vendieron;
Mis bienes desaparecieron;
Mis años se marchitaron!
Y en esa contienda ruda
Me han quedado por despojos,
Una lágrima en los ojos,
Dentro del alma la duda....
—Hoy tu mente no delira;

Calma tu dolor profundo.

—Hoy comprendo que en el mundo
Es todo, padre, mentira!

—Hoy que del bien vas en pos,
Entre las terrenas lides

Que hay una verdad no olvides,
Y que esa verdad es Dios.

Y siempre presente ten
Que aquí en la mundana escoria,
Del hombre la mayor gloria
Es hacer á todos bien.

M. J. Ruiz.

EPÍGRAMAS.

—¿Conocías tú á Juanito?

Pues me han dicho que murió.

—No lo creas.

—¿Cómo nó?

—¡Toma, me lo hubiera escrito!

«El escribano don Pablo
Tras esta losa reposa.»

—¿Una cruz hay en la losa?
Detrás de la cruz el diablo.

—¿Cuánto vale este retrato
De bailarina?

—Un real.

—¿Un real? pues es barato.

—Mas lo es el original.

Joaquín María Bartrina.

EL RETRATO.

HISTORIA ÍNTIMA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

(Conclusion.)

V.

María no había exagerado nada; era grande el espin que roía el corazón de Edgar. A juzgar por sus desvaríos, por la incoherencia frecuente de sus palabras, hubiérase dicho que estaba en relaciones con un mundo invisible y misterioso. De su parte, María se sentía contrariada por un muro de hielo; concluyó por

llenarse la cabeza de quimeras peligrosas, por crearse la fantasma de una rival. Edgar y su mujer tenían cada uno un pensamiento del que no se comunicaban nada y les torturaba igualmente. Una noche, habiendo ido sola María á la Fenice, vino mas pronto que de costumbre. Vió una luz que brillaba en el gabinete de sir Dudley.

María se atrevió á entrar, no sin emoción, en esta pieza; y lo hizo con un paso tan ligero, que no fué oída por Edgar.

Este estaba apoyado sobre el mármol de una mesa redonda: delante de él tenía una miniatura rodeada de un cuadro de oro y diamantes. Sea que estuviese enteramente entregado á la contemplación de aquella pintura, sea que estuviese adormecido en el silencio de su soledad, no hacía ningún movimiento.

—Ciertamente, pensó María, no me había engañado. Hé aquí esa rival que me ha privado del cariño de Edgar. ¡Oh, qué poco conocía sus relaciones!...

La jóven había llegado hasta la butaca donde sir Edgar estaba sentado; se inclinó y vió... su propia imagen.

Al grito que la emoción había arrancado á María, Edgar se volvió.

El aspecto inesperado de su muger parecía causarle un sentimiento de terror, una crisis nerviosa. Con una mano cogía el retrato, y con la otra hacía señas á la aparición para que se alejase, gritando:

—¿Qué quieres, Evelina?... ¿Vienes á reprocharme el haber faltado á mis juramentos?... ¡Oh, perdona, perdona; no he amado jamás, y nunca amaré á nadie mas que á tí!

—Amigo mio, dijo la condesa con una voz dulce acompañada de una afectuosa mirada, sois vos el que debéis perdonarme mi indisición. Reponeos, soy vuestra María.

—¡No, no! Nada de María!...

—Vuestra Evelina... ¡Oh gracias, gracias! no me contempleis así; eso me dá mucha pena. ¡Os amo tanto!

—¿Por qué amarme? dijo bruscamente Edgar.

Y ¿cómo no amaros? ¡pareceis tan desgraciado!...

—Es verdad... sufro cruelmente.

—Abridme vuestro corazón. Soy digna de vuestra confianza, porque yo también he sufrido...

—¿Vos? dijo Edgar con cierto aire de interés.

—Sí, viendo que vos no me amabais.

María no había podido pronunciar estas últimas palabras sin prorumpir en sollozos. Se dejó caer á los piés de Sir Dudley, medio desmayada por la violencia del dolor. Esta emoción, esta actitud, su hermoso pelo negro que caía sobre sus magníficas espaldas, realzaba la admirable forma de sus brazos desnudos, oprimidos al puño por dos brazaletes de gran precio; todo se reunía para hacer en este momento á María la criatura mas encantadora del mundo. Entonces Edgar no pudo sustraerse completamente á la fascinación, y se inclinó como para estrechar á María entre sus brazos. Pero al contacto de la jóven se levantó espontáneamente. Invitó á María á que se moderase, asegurándola su afección y amistad. Después llamó á las doncellas para que cuidasen de Milady, y cuando entraron se retiró.

VI.

Algunos meses después, la consternación reinaba en el palacio.

A nadie le era permitido atravesar los umbrales del gabinete del enfermo, salvo los médicos; pero el arte era inútil contra los sufrimientos de un enfermo, dichoso de sentirse cerca de la muerte. Edgar sucumbía, no víctima de una enfermedad física, pero sí por el peso insoportable de un dolor moral.

En el momento supremo, dueño todavía de sus facultades, mandó llamar á su mujer. María acudió presurosa al llamamiento de su esposo. La tendió una mano que ella besó respetuosamente.

—Amiga mía, la dijo, tengo que haceros una grave confidencia. Esta será la explicación de mi conducta con vos, que espero me perdonareis. He sido tan desgraciado!

—Lo sé, milord, y también he llorado por no ser la destinada á alegraros vuestra pena.

—Una pena como la mía no tiene remedio. La muerte había abierto un abismo que nadie podía cerrar....

—¿La muerte?... repetía María palideciendo.

—Sí, María... porque ahora puedo devolveros vuestro nombre. Hé aquí la verdadera causa de mis sufrimientos: jóven todavía, me casé en Escocia con una prima...

—¿Evelina? dijo María.

—Sí, se llamaba Evevelina. Deciros hasta qué punto la amaba, es imposible... Pero á vuestros ojos teneis una prueba, pues muero por haberla amado tanto. ¡Ay de mí! A Evelina tuve ese primer amor que decide de la vida.

Nunca se había visto un matrimonio semejante al nuestro; el cielo habitaba en nuestros corazones... ¡Y era necesario que esta armonía tan perfecta fuese destruida bruscamente! No puedo describiros mi dolor. Vivía sin idea, sin esperanza, llevaba mis pasos al azar. Cuando vos aparecisteis me quedé confundido de sorpresa! Evelina vivía de nuevo. ¡Vos érais ella!... el mismo carácter, el mismo talle, la misma expresión de dulzura. Vos érais su *vivo retrato*, el *fac simile* de mi ausente. Entonces formé un designio extraño: el de adquirir este retrato para alimentar constantemente mis ojos con estas facciones adoradas. En vos, María, dedicaba un culto á Evelina; para mí vos érais la imagen y Evelina la realidad. Hé aquí lo que os explicaré mi aparente frialdad y constante reserva. No he podido daros mas que miradas, pues mi corazón no me pertenecía; ahora, María, decidme que esta confesión no ha ofendido vuestra alma. No, vuestra alma es muy grande, muy generosa, para descender á la susceptibilidad del amor propio. Decidme que me perdonais, y moriré tranquilo.

—Hé aquí mi respuesta, exclamó la jóven:

Y posó de nuevo sus trémulos labios en la mano de Edgar.

—Gracias... murmuró éste con voz desfallecida. He tenido cuidado de legaros mi fortuna. Mas ¿qué hareis cuando yo no esté?

María se levantó y dijo con dignidad:

—Yo probaré, Edgar, que sé todavía amar mejor que vos. ¡Si se ofrece á mi vista alguna vez un hombre que no sea sir Dudley, rechazaré el retrato!

MISCELÁNEA.

Hemos tenido el gusto de recibir el número tercero de *El Crepúsculo*, revista semanal que vé la luz pública en Reus, y cuyos redactores la titulan, con una modestia que les honra, de *ensayos literarios*. Damos las mas es-

presivas gracias á su ilustrado director don Joaquin Maria Bartrina, no solo por el envío del citado número, sino tambien por la atenta carta con que nos ha favorecido brindándonos galantemente su colaboracion para EL TESORO y remitiéndonos los ingeniosos epigramas que en otro lugar insertamos. Disponga el señor Bartrina de nuestro modesto semanario y cuente con nuestro leal compañerismo.

*
* *

La falsa noticia de la muerte del célebre espada cordobés Rafael Molina, conocido por *Lagartijo*, ha circulado eléctricamente por España y ha hallado acogida en la mayor parte de los periódicos. Si yo me hubiera muerto, la noticia de este *infausto* suceso acaso no hubiera traspasado la vieja muralla de la ciudad de los califas. Indudablemente vale mas hoy ser torero que periodista.

Molina, si no te inquieta
oye mi voz con anhelo:
¿quieres cambiar pelo á pelo
por mi pluma tu muleta?

*
* *

En el número 23 de la interesante *Revista Gaditana* que con tanto acierto dirige el señor don Victor Caballero y Valero, hallamos las materias siguientes:

«Esa es grilla, por D. F. S.—Los primeros aplausos, por don José Fernandez Bremon.—Necrología, don Angel María de Luna, por don Victor Caballero y Valero.—En su álbum, por don Roque Barcia.—Teatro Principal, por El Abate Triquiñuelas.—El Génió y la Riqueza, por don José Castroverde.—Meditacion, por don José Sanmartin y Aguirre.—Crónica de la semana.—Lo que está de Dios, por don Constantino Gil.»

*
* *

—Hola, señor don Cletol! Usted en Córdoba?

—Si, señor. Estoy enfermo y vengo á buscar la salud.

—Pues fácilmente la encontrará usted.... en el cementerio.

—¡Hombre....!

—Si, señor, en el cementerio.... de la Salud.

*
* *

A DOS ELLAS.

Mucho hablais y francamente—no me agrada lo que escucho,—porque sé que el que habla mucho—sin remedio mucho miente.—Esto lo nota la gente,—pues de balcon á balcon,—haceis la conversacion—estensiva al que transita—que al escucharos medita—en lo que oyó y con razon.—Hablais de nóvios primero—(Dios los dé que es fruta escasa)—y despues de cierta casa—que nombrar aquí no quiero.—Luego cortais con esmero—vestidos á las amigas—y haceis despues unas migas—que ya... ya... ¡vaya, canario!—ya me canso, es necesario—que cesen tales intrigas.—A no cesar os prometo—sacar en versos muy guapos—á relucir vuestros trapos,—yo que con nadie me meto.—Que no es bien guardar secreto—con quien todo lo publica:—al que al prójimo critica,—con furor y hasta con gusto,—el criticarlo es muy justo:—*que se rasque si le pica.*

*
* *

En un periódico hemos leído lo siguiente:

Al BRAMAR de la serpiente....

El sentido comun sí que ha bramado de coraje al leer esto.

*
* *

De un pueblo de esta provincia nos remiten la siguiente ingeniosa octava del género *bufo*, que tanto va progresando en nuestros dias:

¡¡HORROR!!

Es una noche lúgubre, terrible,
El viento zumba, la tormenta avanza,
El bramido del mar ¡bramido horrible!
Nos parece decir: «¡no hay esperanza!»
Momento atroz, momento indescriptible
Que á pintarlo la pluma nunca alcanza:
Un rayo se desprende, y á su brillo.....
¡Me descubro una pulga en un tobillo!

Un quidam.

*
* *

Ofrecemos una preciosa fotografía del solar de la calle de la Morería al que resuelva los siguientes enigmas:

—¿En qué mes cae la Virgen de Agosto?

—¿En qué consiste que el domingo cae siempre en día de fiesta?

—¿Cuántos se necesitan para cantar un duo?

—¿Cuántos son los siete sacramentos?

—¿Cuántos hablan en un monólogo?

—¿En qué consiste que siempre es medio día á las doce?

—¿Por qué el jueves santo no cae jamás en viernes?

Aquí del ingenio de nuestros lectores!

*
* *

Solucion á la charada del número anterior:

PANTALLA.

EFEMÉRIDES.

Día 3 de Setiembre.—1565 Felipe II escribe una carta á los consellers de Barcelona participándoles el nombramiento del conde de Aytona para que asistiese por él al sínodo provincial que en aquella ciudad debía celebrarse.

Día 4.—1120 Los pueblos de Mendavia y Villamezquina, en Navarra, confían al éxito de las armas el señalamiento de sus respectivos términos.

Día 5.—1380 Los procuradores de las cortes de Palencia responden á la proposición de don Juan I de que el reino le socorriese con la cantidad que necesitaba para pagar lo que habia prometido al duque de Alencastre.

Día 6.—1793 Se pone sitio á Dunkerque.

Día 7.—1359 Don Pedro I de Castilla entra en Toledo y visita á doña María de Padilla.

1432.—Una ola sumerge en el mar, frente á Gibraltar, donde estaba con su armada, á don Enrique, conde de Niebla.

Día 8.—1606 Es hallada en una gruta la efigie de Ntra. Sra. del Buen Suceso, que se venera en Madrid.

1711.—Entra en Cataluña el duque de Vandoma al frente de las tropas españolas y francesas.

1855.—Toma de Malakoff.

REGALOS.

Lista de los números y suscritores á quienes han correspondido los regalos del mes de Agosto.

3390.—D. José Laborde.—Córdoba.—Un relój de plata, ó una cama de hierro.

311.—D. Felipe Luna y Golmayo.—Córdoba.—Un neceser de señora.

1082.—D. Victor Gonzalez.—Valsequillo.—Un alfiler de corbata.

1750.—D. Bernardo Rebollo.—Córdoba.—Una sortija de oro.

507.—D. Eduardo Ruz.—Córdoba.—Un boton de oro para pechera.

580.—D. Ceferino Ortega.—Doña Mencía.—Una cadena para relój.

1826.—D. Rafael de Sierra.—Córdoba.—Un abanico.

1999.—D. José Muntada Andrade.—Córdoba.—Una escribanía.

2412.—Un décimo de billete.—A la empresa.

4202.—D. José Diaz Riaño.—Córdoba.—Una suscripcion á EL TESORO.

5387.—D.^a Angela Lopez y Torres.—Córdoba.—Una caja de papel y sobres.

379.—D. Francisco Gutierrez Ravé.—Córdoba.—Un décimo de billete.

854.—Una novela.—A la empresa.

1081.—D. Victor Gonzalez.—Valsequillo.—Una novela.

2549.—D.^a Gerónima Martinez.—Fernan-Nuñez.—Una novela.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.